

Título original:  
*The Last Rock Star*

Dirección de arte y coordinación editorial: Beatriz Ruibal  
Diseño gráfico: Jaime Narváez  
Maquetación: Juanjo Pérez  
Corrección: Bruno Montané  
Foto portada: Lluís Oliver  
Fotografía contraportada: Jack Mitchell

© 2019, Elliott Murphy  
© 2019, de la presente edición en castellano  
para todo el mundo: Varasek Ediciones, S.L.

1.ª edición, Madrid diciembre, 2019

© Varasek Ediciones S. L.  
Cava Baja, 24, 2.º Dcha. 28005, Madrid, España  
[www.varasekediciones.es](http://www.varasekediciones.es)

© 2019, Peter Redwhite, por la traducción de *Tramps* y *The Last Rock Star*  
© 2019, Antonio Cordero y Marcos Canteli por las traducciones  
de los poemas y dos canciones

© 2019, Santiago Alcanda por el Prólogo «Cuando no llueve» y listado  
hipotético de canciones que suenan en la novela *Tramps*

© de la fotografía de cubierta Lluís Oliver. Cortesía de Jorge Arenillas  
© de la fotografía de contraportada Jack Mitchell. Cortesía de Elliott Murphy

Créditos fotográficos:

Cortesía del archivo personal de Elliott Murphy: 250, 253, 257, 258, 262, 265, 267, 270, 271,  
272, 280, 286, 290, 295, 298, 300, 308, 310, 311, 312, 314, 320, 325, 326, 327, 343, 345, 346,  
347, 352, 356, 360, 361, 362, 370, 376, 378, 381, 382, 392, 397, 400, 401, 404, 406, 412, 413,  
421, 422, 424, 429, 430, 432, 436, 438, 439, 451, 461, 462, 466, 475

© Françoise Viallon-Murphy: 295, 475 © Mark Russo: 329, 330 © Vincent Lignier: 461  
© Paul Waldman: 414 © Kate Simon: 418, 441 © Denys Schelfhaut: 447 © Nathalie Vergez: 294  
© David Godichaud: 467 © Michel Jolyot: 468 © Pierre Villard: 471 © J. Rocés: 520  
Cortesía de Elliott Murphy

ISBN: 97884949460-2-8  
Depósito Legal: M-35623-2019

# ELLIOTT MURPHY

# THE LAST ROCK STAR

MEMORIAS DE  
UN *OUTSIDER*

TRADUCCIÓN DE  
PETER REDWHITE

Selección y traducción de poemas  
Marcos Canteli y Antonio Cordero

PRÓLOGO	CUANDO NO LLUEVE Santiago Alcanda	11
NOVELA	TRAMPS	19
AUTOBIOGRAFÍA	JUST A STORY FROM AMERICA	251
POESÍA	SELECCIÓN DE POEMAS Y DOS CANCIONES	481

PRÓLOGO

# CUANDO NO LLUEVE

SANTIAGO ALCANDA

«Si quieres saber qué pinta tienen los hijos del Sueño Americano, mírame a mí»

Elliott Murphy, poeta

El pálido reflejo del espejo maldito. ¿Un trovador subterráneo incorregible, el último malpensado de una generación perdida, un justiciero poético, un amigo divertido de versos proféticos, un rey de su reino, un camarada, un ciudadano firme o ejemplar, un kamikaze de total integridad? Sí.

Setenta años cumplidos en marzo de 2019. Rockero eléctrico y acústico, neoyorquino, parisino, trotamundos, combinación, como él dice de sensibilidad y energía. Compositor prolífico. Año por disco desde, que publicó *Aquashow* en 1973, un homenaje a su padre, al espectáculo de danza sincronizada que Elliott Murphy Sr. orquestó con éxito siempre y cuando no lloviese durante los años cuarenta y cincuenta. Cantautor, poeta, periodista en primera persona, novelista, disidente. Paul Nelson escribió en la revista *Rolling Stone* aquellas dos críticas a la par sobre *Aquashow* de Murphy y sobre *The Wild, the innocent and the E Street Shuffle* de su Bruce Springsteen y concluyó que se trataba de lo mejor de un nuevo Bob Dylan. Cuántas veces habré leído algo semejante a un «nuevo Dylan» refiriéndose a Tom Petty, Graham Parker, John Mellencamp, Willie Nile, Jonathan Wilson o Dylan LeBlanc durante más de las cuatro décadas últimas. Y si bien es obvia la influencia del señor Zimmerman en Murphy —con su segundo grupo antes de iniciar su carrera en solitario no dejaba de cantar *Like A Rolling Stone*—, es más notable la impronta del rockerío urbanita neoyorquino de Lou Reed, su afinidad con el movimiento *underground*. En los discos de Murphy escuchamos a Mick Taylor y Phil Collins, Jim Gordon (co-autor junto a Eric Clapton de *Layla*), a Doug Yule (The Velvet Underground y American Flyer), Billy Joel, Ellen Shipley, Steve Katz (Blood Sweet & Tears y American Flyer), David Johansen (New York Dolls), Arthur Russell, Cindy Bullens, a The Violent Femmes, a Shawn Colvin, Jerry Harrison (Talking Heads), Iain Matthews o, cómo no, a su amigo leal Springsteen.

El pálido reflejo del espejo maldito. La memoria selectiva, buceando en el disco duro, la biblioteca íntima. El poeta mejicano Jaime Sabines escribió en el prólogo de su poemario *Tarumba* (1956): «Estamos haciendo un libro... / El lamento no es el dolor. / El canto no es el pájaro. / El libro no soy yo, ni es mi hijo. / El libro es sólo el tiempo, / un tiempo mío entre todos mis tiempos...». Parece que habiendo retenido las palabras animosas de su padre, Murphy se ha dicho en un momento dado: «Jimmy, por si acaso el mundo entero no está hablando de ti... habla tú de ti mismo». Fiel a la memoria, ceñido a sus propios recuerdos... Cuando uno ha de recordarse, se mezclan inevitablemente ficción y realidad. ¿Cuánto habrá de imaginación disparada en su autobiografía narrada de tú a tú, de escritor a lector sin intermediario? ¿Y cuánto de verdad, de biografía sentimental real en sus novelas *Poetic Justice* y *Tramps*, incluso en los relatos de *El león duerme esta noche* que Alberto Manzano y Javier Castellanos nos tradujeron en 1990? Negro sobre blanco... Los peores recuerdos, los rencores malignos se pueden matar con unos buenos versos en la mejor canción o vomitando fantasmas y trampeando con tu *alter ego* en las páginas de una novela.

«¿He mencionado que soy músico de profesión, en concreto guitarrista, y que tenía una pistola cargada a mi alcance?»

*Tramps*, novela de Elliott Murphy

Sí, Murphy nos cuenta su vida, una vida que cambiaron The Beatles; nos come la oreja de tú a tú, escribe a un único lector con un lenguaje coloquial y a la vez muy propio salpicado de un humor ocurrente, de alusiones y dobles sentidos siempre impregnado de sus influjos literarios, los de Edgar Allan Poe, Dostoievski, John Keats, Robert Frost, F. Scott Fitzgerald, Robert Crumb, Ezra Pound, William Faulkner, Jack Kerouac, T. S. Eliot —*Lady Stilletto*—, ¿Jim Thompson?... Sí, ahora con sendos libros íntimamente relacionados, nos cuenta su vida recopilada, concentrada, pero en realidad Murphy nos lleva cantando su vida desde el primer disco, incluso cuando se refiere a personajes o hechos que le han marcado, sean los *bluesmen* Bessie Smith, Robert Johnson, John

Lee Hooker, o el rey Elvis —en *Last of The Rock Stars*—, Buddy Holly; o Marilyn Monroe o sus contemporáneos Andy Warhol o Patti Smith, el general sudista Robert E. Lee, Sigmund Freud; menciona a Fellini, Picasso o la tragedia histórica de la princesa Anastasia de los Romanov, aludiendo al conflicto entre la tradición y las ideas y movimientos revolucionarios. Canta a su infancia, a su padre, a su abuelo, su favorito Papá Wilson, a Long Island, a Manhattan —«mi mágica tierra de Oz»—, a París, al Misisipí, Memphis, Sicilia, Suecia o a Wyoming y a América, allá donde no piensa morir; canta la pérdida y el lamento, canta a la bella dama sin piedad, a su linaje irlandés, a la eterna primavera, a la esperanza de que el cambio llegará, a las crisis adictivas y al tren de la psicodelia; escribe con la ternura y la mirada pura del niño más feliz o con el tacto romántico y, a la vez, el rencor inexpugnable hacia las horas más negras de una mano adolescente melancólica y, sobre todo, con la astucia certera de una realidad que nunca se le escapa expresada mediante una pluma bien afilada y una guitarra pistolera de munición inagotable. El mundo según Murphy, Murphylandia, «donde todo es libre, donde uno quiere estar».

¿Una banda sonora hipotética de músicas que suenan en la novela *Tramps*, un repertorio resultante de canciones, artistas, grupos que Hoover, el protagonista escucha o menciona en su relato? No es difícil porque Murphy entrevé en boca de su *alter ego* literario su conocimiento amplio y gusto ecléctico. El disco se abriría con la pieza instrumental *Wipe Out* de The Surfaris que Quentin Tarantino rescató para su filme *Pulp Fiction*: seguidamente escucharíamos a Elvis Presley cantando *Hound Dog*, y pasaríamos a momentos crooner con Frank Sinatra y *My Kinda Town*, Gene Kelly entonando *Singing In The Rain* a Julie London, *Cry Me A River*; después cualquier versión de *House Of The Rising Sun* incluida la de The Animals, *Blueberry Hill* de Fats Domino, *Desolation Row* de Bob Dylan; más *Sunday Morning* de Velvet Underground, *Walk On The Wild Side* de Lou Reed y *Changes* de David Bowie; *Stand By Your Man* con Patsy Cline, *You Can't Hurry Love* por The Supremes y *This Masquerade* según Carpenters por apreciar el clásico de Leon Russell con Karen Carpenter tocando la batería; *Born To Be Wild* de Steppenwolf, *Cocaine* en voz de su amo J. J. Cale, *The Wanderer* de Dion & The Belmonts, *Pinball Wizard* de The Who, incluso *Breakfast in America* de Supertramp, y un etcétera prolongado que daría para un álbum doble, incluso triple. ¡Ah!, y no debería faltar algún

blues de Robert Johnson, Lightnin' Hopkins, o John Lee Hooker ni el final con *Rhapsody in Blue* de George Gershwin.

Elliott Murphy sabe lo que es un éxito o cómo habría que escribirlo o adivinó el carísimo precio del éxito y empezó a renunciar a una carrera comercial *circa* 1982-1983 cuando por vez primera actuó en España y apareció en el programa *La Edad de Oro* de Paloma Chamorro y, entrevista tras entrevista de los periodistas, averiguó que su sello propio Courtisane y sus discos futuros podrían licenciarse a través de compañías independientes europeas. De modo que conviene descartar el término «maldito» para referirse a Murphy. Más bien es un pionero aventajado en la independencia artística dentro del rocanrol. Al fin y al cabo, ¿qué quedará de nuestras palabras escritas en este océano inmenso del mundo global de Internet? En el documental *El Segundo Acto de Elliott Murphy Elliott*, tanto Bruce Springsteen como Billy Joel inciden en que Murphy poseía todo —talento, cabeza, energía, imagen— para ser una estrella universal de rock y resaltan su afinidad a la cultura europea y ambos admiran su honestidad, su decisión de instalar su independencia en el viejo continente.

*Verso a verso...* Bolo a bolo, disco a disco, carretera hacia delante. Como él insiste: diez horas de conducción para dos horas de actuación. «Cada uno lo suyo, pero yo nunca miro atrás...; bueno, casi nunca». Si no juegas no ganas y la suerte no está echada. Siempre me atrajo aquel título: «Cuando los hombres son ricos y la mujeres se desnudan». ¿Que Elliott Murphy aparece en la película *Roma* de Fellini? Pues sí. Y este *americano en París* cuenta también que yacerá en el mismo cementerio donde enterraron a Federico Chopin y Jim Morrison. ¡Qué vida esta! Sigue viviendo para cantarlo. Y, en efecto, las cosas fueron bien al final.

SANTIAGO ALCANDA  
Septiembre, 2019, Parquelaguitos, Madrid

BANDA SONORA HIPOTÉTICA DE MÚSICAS  
QUE SUENAN EN LA NOVELA *TRAMPS*

ELVIS PRESLEY	Hound Dog
DION & THE BELMONTS	The Wanderer
THE ANIMALS	House Of Rising Sun
FATS DOMINO	Blueberry Hill
FRANK SINATRA	My Kinda Town
JULIE LONDON	Cry Me a River
GENE KELLY	Singing In the Rain
PATSY CLINE	Stand By Your Man
THE VELVET UNDERGROUND	Sunday Morning
BOB DYLAN	Desolation Row
STEPPENWOLF	Born To Be Wild
LOU REED	Walk On The Wild Side
THE WHO	Pinball Wizard
THE SUPREMES	You Can't Hurry love
DAVID BOWIE	Changes
CARPENTERS	This Masquerade
ROBERT JOHNSON	Crossroads
SUPERTRAMP	Breakfast In America
GEORGE GERSHWIN	Rhapsody In Blue
ELLIOTT MURPHY	Just A Story From America

«Elvis ha abandonado el edificio»\*

# TRAMPS

\* *Elvis ha abandonado el edificio* fue, en su origen, un anuncio por megafonía a la conclusión de un concierto de Elvis Presley. Desde entonces, la frase forma parte del lenguaje coloquial americano moderno como un latiguillo cuyo significado no está claro, pero es tremendamente útil.

## FIN DEL MUNDO 1987

CAP. 1	FIN DEL MUNDO 1987	21
CAP. 2	MATARRATAS	35
CAP. 3	HOGAR, DULCE HOGAR	44
CAP. 4	EL PRECIO DE LA CULTURA	57
CAP. 5	<i>THE BASEMENT TAPES</i>	67
CAP. 6	HOLA FANTASMAS	77
CAP. 7	ACLARACIÓN DEL POONTAG	93
CAP. 8	ESPLENDOR EN LA HIERBA	100
CAP. 9	LOS POETAS DE VERDAD LLEVAN GAFAS	109
CAP. 9.5	CORAZÓN DE ORO	131
CAP. 10	LA TIERRA DE NOD	133
CAP. 11	LA CULPA ES DE JACKSON POLLOCK	149
CAP. 12	BASADO EN UNA NOVELA DE...	159
CAP. 13	MIENTRAS, DE VUELTA A...	165
CAP. 14	EL REPARTIDOR DE HIELO	173
CAP. 15	PASTAR VS. DEAMBULAR	181
CAP. 16	GOMAS ELÁSTICAS ROJAS	193
CAP. 17	EVADIÉNDOSE DE N.Y.	203
CAP. 18	LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE DUTCH SCHULTZ	207
CAP. 19	EL MAYOR ESPECTÁCULO DE LA TIERRA	213
CAP. 20	QUÉ COJONES TENGO	219
CAP. 21	<i>YOU CAN'T HURRY LOVE</i>	225
CAP. 22	OLVÍDALO	233
EPÍLOGO	GOFRES BELGAS 1989	237

De entrada, dejando a un lado toda la mierda que esperaba que me cayese encima en cualquier momento, este día en concreto no tenía ninguna de las características de cualquier otra vuelta gloriosa de La Tierra alrededor de su propio eje. Sea como sea, mediados de febrero en Nueva York no es lo que ningún agente de viajes definiría como una temporada alta: con un muro gris-piedra de cielo nuboso cerniéndose sobre ti y temperaturas gélidas, «más frías que la teta de una bruja»,<sup>1</sup> dando un hechizo ártico a todo lo comprendido dentro del alcance de su mano glacial. E incluso tomando todas estas inclemencias meteorológicas estacionales como un elemento presente en el kit de supervivencia de cualquier neoyorquino estoico, el precio de la entrada, por así decirlo, por tener el privilegio de vivir en la más grandiosa metrópolis del mundo, parte del paquete, el yin y el yang, blablablá..., cualquiera al que le funcionaran los sentidos habría tenido que admitir, muy a su pesar, que esta tarde era jodidamente patética. Lamento decirlo, pero es que no hay ningún otro par de palabras que encaje tan bien como éste. El tráfico del Midtown estaba tan congestionado que era como si las arterias principales del corazón de Manhattan se estuviesen preparando para un infarto. Coches, camiones y taxis atascados en fila india sin bailar al son de una banda sonora discordante de bocinazos sin fin. No había escapatoria y, en mi caso, era incluso peor.

En cuanto a las particularidades del tiempo, lo único que puedo decir es que no estaba lloviendo y que no estaba no-lloviendo. Los paraguas eran inútiles y si no lo tenías te empapabas. Lluvia o nieve o granizo o alguna combinación de los tres parecía viajar en todas las direcciones a la vez hasta encontrar un hogar en tus calcetines calados. Estacionalmente hablando, estábamos en la *zona muerta*, con la siguiente ceremonia de encendido del árbol de Navidad del Rockefeller Center a diez largos meses vista. Personalmente, tenía la sensación de que la última Navidad debería

1. La explicación sencilla es que «más fría que la teta de una bruja» es tan sólo una vívida metáfora, como «más caliente que las bisagras del infierno». Como las brujas están compinchadas con Satán, presumiblemente no tendrán instintos maternos. Así que el medio por el cual amamantarían a un niño está, bueno, frío como la teta de una bruja. ¿Políticamente correcto? Júzgalo tú mismo.



haber llegado y haberse ido mientras yo estaba demasiado abatido como para darme cuenta. Me arrepentía de no haber comprado un árbol de Navidad tan sólo por haberme perdido la perversa alegría de tirarlo a la calle el día de Año Nuevo para unirse al resto de sus camaradas caídos.

Baste decir que, en mi opinión, en pleno invierno hay que evitar a cualquier precio estar en pleno Manhattan. Y, aun así, aquí estaba yo, tan sólo unos días después del puñetero San Valentín, que significaba para mí menos todavía que las Navidades (quiero decir, ¿es San Valentín una fiesta religiosa, una fiesta patriótica o un invento de las tarjetas Hallmark?), ni siquiera eran las cinco y ya la noche amenazante te estaba clavando sus garras gélidas y los dedos de tus pies estaban húmedos y fríos y entumeciéndose, no importa qué botas aislantes de alpinismo de la tienda Canal Street Army & Navy Surplus pudieses llevar puestas. De hecho, yo estaba cantando con ironía *My Kinda Town* acompañándola con un nervioso golpeteo de pies sólo para mantener mis malditos dedos vivos y a salvo de la congelación, hasta caer en la cuenta de que la canción iba, en realidad, sobre Chicago (no sobre Nueva York), que tiene incluso peor clima durante esta época del año, o así me lo han hecho creer los neoyorquinos orgullosos y mal informados. «¡Vamos! ¡Tampoco es para tanto! ¡Mira Chicago u... Oymyakon!<sup>2</sup> ¡Olvídalo!»

Para mostrarte cuán dueño de mi destino *no* había llegado a ser, qué amo del Universo *no* soy, durante meses, incluso años, había hecho y dicho todo lo que había podido, tomado cada medida que pude sacarme de la manga, para evitar estar justamente donde estaba ahora: hasta el último minuto había intentado poner cada una de las excusas plausibles en las que fui capaz de pensar para evitar estar donde *ellos* me dijeron que tenía que estar. Y, con todo, aquí estaba, haciendo exactamente lo que no quería estar haciendo, y ésta es la historia de mi vida. Incluso hasta esta mismísima mañana, cuando me senté en una cafetería griega convencionalmente *empapelada* en acero inoxidable manchado de grasa, allí en el cruce de la Tercera Avenida y la Calle 20, estaba perdiendo el tiempo, postergando lo inevitable. Muy lentamente, desde luego, había sorbido tres tazas de café mientras un impaciente camarero calvo de grasienta

2. Las temperaturas invernales en Oymyakon, Rusia, promedian los -50 grados centígrados. Esta ciudad remota está considerada el área habitada más fría de la Tierra. Sería sorprendente que abriesen un Club Med allí.

azotea rellenaba mi taza casi cada vez que la devolvía al platillo. Apenas mordisqueé un *bagel*<sup>3</sup> de crema de queso tratando de concentrarme en la arrugada sección de deportes del *New York Post* que me había encontrado tirada cuando me deslicé por el asiento. Vayamos al grano. No soy un tío al que le vayan los deportes, sinceramente me importan una mierda el béisbol, el fútbol americano, el baloncesto e incluso el voleibol femenino y, aun así, me tiré veinte minutos leyendo y releiendo un artículo sobre las lesiones de rodilla de un *quarterback*<sup>4</sup> al que pagaban en exceso. Te juro que jamás había oído antes el nombre de este jugador y que me enfurecí con todo el derecho del mundo cuando me di cuenta de que había ganado más dinero en un año del que probablemente yo acumularía durante toda una vida asolada por las deudas. Mi última experiencia en un evento deportivo profesional había sido en un partido de béisbol unos diez años atrás, como parte del rebaño de espectadores, y creo que me fui a la mitad de la quinta entrada a causa de un aburrimiento mortífero y de ese dolor de cabeza que te entra después de beber demasiadas cervezas calientes bajo el sol. No obstante, seguí leyendo el artículo en profundidad, mis propios labios repitiendo en silencio los optimistas pronósticos del cirujano que le operó la rodilla acerca del rendimiento de su estelar paciente durante la temporada que viene. «¡Está preparado! ¡Mejor que nunca!» De por sí, esto debería darte una pista de lo fuera de juego que estaba y de qué manera deseaba quedarme allí, pegado a aquel asiento de Naugahyde,<sup>5</sup> pensando en el parecido de mi café y mi *bagel* con la última cena de un condenado en el corredor de la muerte.

3. Un *bagel* es un producto de panadería de masa de trigo con levadura del tamaño aproximado de una mano. Lo introdujeron en Estados Unidos inmigrantes judíos polacos que desarrollaron un negocio boyante que controló durante décadas Bagel Bakers Local 338. El astronauta nacido en Canadá Gregory Chamitoff se llevó una hornada de bagels al espacio en su misión de 2008. No está muy claro si se los comió o si se unieron al desorden estratosférico y están orbitando alrededor de La Tierra.

4. En fútbol americano, un *quarterback* es una demarcación. En la mayor parte de las ligas, el número de la camiseta de los quarterbacks puede ser tan bajo como 1 y tan alto como 19. Es muy raro que un quarterback tenga un número mayor que 19. Otro misterio del deporte profesional...

5. Naugahyde (en ocasiones abreviado Nauga) es una marca americana de cuero artificial (o *pleather*, de *plastic leather*). Se ha mencionado en canciones de Frank Zappa y Warren Zevon, así que debe rimar con algo.

Pero, por mucho resentimiento que pueda tener al deporte profesional, ¿es que acaso no deseaba estar de vuelta allí, en las empañadas gradas azules del Yankee Stadium mientras el partido avanzaba a paso de tortuga y mi estómago digería parcialmente el segundo perrito caliente, en lugar de estar aquí sentado, en este sedán mal aparcado, el motor encendido, el calor en las rótulas alcanzando el nivel de una quemadura de segundo grado, mientras los dientes me castañeaban en ansiosa armonía? Mis manos estaban, de hecho, redoblando alguna clase de ritmo de batería sobre los muslos, intentando mantener una cadencia regular a medida que me aproximaba al solo de tantán de *Wipe Out*,<sup>6</sup> como si aquello, el riff de batería rockero por antonomasia —un un-dos-tres-cuatro, un *downbeat*, un *upbeat* y unas cuantas dosis de semicorcheas— fuese a salvarme de algún modo. Pero estaba tan falto de ritmo como el batería de jazz más venido abajo en todos los sentidos que jamás se haya chutado un montón de mierda en una vena colapsada, encerrado en el baño antes de tambalearse de vuelta al escenario, contar hasta cuatro y caer inconsciente. Y, volviendo a sacar la vena jazzística, emocionalmente, estaba más nervioso que Charlie Parker<sup>7</sup> buscando un chute, más antisocial que Thelonious Monk<sup>8</sup> sin hablar durante diez años, más jodido que el enigmático Miles Davis ahí de pie dando la espalda al público. Y, a decir verdad, ya ni siquiera escucho demasiado *bebop* jazz, por mucho que admire la indiferencia de su fría y casi predestinada tendencia autodestructiva. Digamos que era Hoover, siendo este mi nombre, *Jodido Otra Vez*, no siendo este mi apellido, pensando que estaba a punto de que lo matasen. ¿He mencionado que soy músico de profesión, en concreto guitarrista, y que tenía

6. *Wipe Out* es una canción instrumental interpretada y grabada por The Surfaris, banda que llegó a tener relevancia internacional con el lanzamiento del single *Wipe Out* en 1963, cuyo ritmo de apertura es a menudo golpeado sobre los libros escolares por los futuros bateristas a lo largo de los Estados Unidos.

7. Charles «Charlie» Parker Jr (1920-1955) fue un saxofonista y compositor de jazz americano. Parker fue un icono para la Generación Beat, quienes lo tenían más por un intelectual que por un simple músico. Parker murió el 12 de marzo de 1955. El forense que le practicó la autopsia estimó que su cuerpo de 34 años tenía entre 50 y 60 años. Tiene sentido.

8. Thelonious Sphere Monk (1917-1982) fue un pianista de jazz y compositor americano considerado uno de los grandes de la música americana. Su compadre Art Blakey, otro jazzman, cuenta que Monk era buenísimo tanto al ajedrez como a las damas. Tiene sentido.

una pistola cargada a mi alcance? ¿Tienen estas dos cosas, una ocupación incierta y un objeto letal, un hilo que las una? Sólo en la letra de *Hey Joe*.<sup>9</sup>

No busco compasión cuando digo que estaba más solo de lo que nunca me había sentido; física y espiritualmente alejado de amigos, amantes y de la corriente universal de la humanidad. De hecho, a medida que avances en la lectura, estoy seguro de que cualquier empatía que en este momento puedas tener conmigo ira disminuyendo con el paso del tiempo. Y, para aumentar el surrealismo dadaísta de todo esto, la única persona que sabía que estaba aquí estaba muerta. ¿Tiene esto algún sentido? ¿Puede un hombre muerto ser a la vez tu testigo y tu acreedor? Cuando dicen que no te lo puedes llevar al otro barrio, ¿van también incluidas las promesas y los juramentos sagrados basados en unos cuantos años perdidos de amistad y en un frío y tembloroso último apretón de manos? ¿Por qué tendría que ser más fiel a un muerto que a ningún vivo? Pero cuando das tu palabra a alguien que está a punto de partir y se la lleva adonde demonios quiera que vaya, no puedes bajar ahí y traértela de vuelta. Y eso era lo que me había pasado a mí. Había prometido a un muerto que lo sustituiría y ocuparía su lugar hoy, aquí en este coche, con una pistola a mi alcance. Parecía casi de Charles Dickens en cuanto a lo trágico: «Esto que hago ahora es mejor, mucho mejor que cuanto hice en vida, y el descanso que voy a lograr mucho más agradable que cuanto conocí anteriormente». <sup>10</sup> Pero yo digo: ¡horradas! ¡Bajadme del patíbulo! Dejadme que lo reconsidere...

Traté de parecer incluso más estúpido de lo que evidentemente era cuando me senté en este Mercury<sup>11</sup> Marquis último modelo, esperando a que llegase el fin del mundo (el final de mi insignificante mundo al menos), a que un asesino desconocido me enviase junto a Jacky, ahora difunto,

9. *Hey Joe* es una canción popular americana de los sesenta que se ha convertido en un clásico del rock y ha sido interpretada en estilos distintos por muchos artistas, Jimi Hendrix, la banda Love y Willy Deville entre ellos. En la canción, un hombre dispara a su mujer infiel. ¿Himno en potencia de la Asociación Nacional del Rifle?

10. Charles Dickens, *Historia de dos ciudades*. ¿Adivinan cuáles?

11. Mercury era una marca de coches de la Ford Motor Company, lanzada al mercado con éxito por Edsel Ford, hijo de Henry Ford, en 1938. El nombre Mercury viene del mensajero de los dioses de la mitología romana. El autodenominado Ford Edsel, sin embargo, tomo el camino del fracaso, el menosprecio y el olvido.

quien se había llevado mi promesa y mi juramento y les había puesto el sello de «No se admiten cambios ni devoluciones». Pero, ¿por qué tardaba tanto La Muerte? ¿Se estaría haciendo fotos con los turistas? Fuese cual fuese la razón, lo que se suponía que tenía que pasar todavía no había empezado. «Vamos allá»;<sup>12</sup> imploré impacientemente cualquier destino que me estuviese aguardando ahí fuera. ¿Estarían los cuatro jinetes del Apocalipsis atascados en el extrarradio? Daba lo mismo, sabía que un hombre de hielo vendría a mi encuentro y no habría forma de derretirlo.<sup>13</sup>

Aparcado entre el gentío del Midtown, en plena Quinta Avenida, con la mirada clavada en el dial de la radio, tratando de aparentar que escuchaba atentamente radio WINS,<sup>14</sup> me senté tras el volante con el motor encendido y una sonrisa congelada de muñeco de nieve pegada a mi cara, no fuese a ser que alguien estuviese mirando. Hacer cualquier otra cosa, como bajar las ventanillas y mirar fuera hacia la melancolía de media tarde, me hacía ser demasiado consciente como para poder soportarlo. Mi reloj Swatch<sup>15</sup> negro, un básico, además de un regalo de mi novia de ensueño, Cindy —pensó que me ayudaría a ser más puntual, pero no fue así—, se había convertido en mi peor enemigo, como la voz de «El cuervo» de Edgar Allan Poe. «Nunca más, nunca más»,<sup>16</sup> y yo no

me atrevía a mirar el reloj porque sentía que él me estaba mirando a mí, así de paranoico estaba. Para empezar, un Swatch es un reloj ruidoso, tan notorio es el ruido de su mecanismo que ni siquiera lo podía llevar puesto en la cama y lo tenía que esconder bajo la almohada. Ahora era incluso peor, podía distinguir cada movimiento del segundero como si fuese la rueda dentada que elevaba la cuchilla de una guillotina<sup>17</sup> sobre mi cabeza, lo suficientemente alto como para caer de un sangriento golpe seco. Y, mientras evitaba mirar el reloj, era incapaz de impedir que mis ojos se abalanzasen obsesivamente sobre la guantera cerrada, donde una pistola pequeña, una Beretta<sup>18</sup> calibre 22, estaba más o menos oculta entre los pliegues del mapa de carreteras del norte de Nueva Jersey de la AAA.<sup>19</sup> Por mucho que intentase concentrarme en las noticias deportivas, con los marcadores de la NBA<sup>20</sup> disparándose hasta los tres dígitos, simplemente no podía dejar de pensar en esa pistola cromada y en sus balas en dos tonos letales, unos proyectiles de plomo con cubierta de cobre que, presumía, aguardaban cómodamente su despegue en la cámara.

Aunque sea difícil de creer, esas tres cosas fueron todo lo que me dijeron del arma: número uno, que habría una pistola; número dos, que no estaría a la vista, que estaría escondida en la guantera y, número tres, que estaría cargada: «así que no hagas ninguna estupidez». Lo que no se

12. «Vamos allá» fueron las últimas palabras del asesino confeso Gary Gilmore antes de ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento en Utah en 1977. Sin lugar a dudas, a la altura del «Me habéis alegrado el día» de Clint Eastwood.

13. *To ice somebody* equivale a asesinar a alguien, en el argot de la mafia. El autor también hace referencia a la obra *The Iceman Cometh*, de Eugene O'Neill, traducida al español como *El vendedor de hielo*. (N. del T.)

14. WINS (1010 kHz), conocida como Ten-Ten Wins, es una emisora de radio de Nueva York propiedad de CBS Radio. WINS, que llegó a ser la principal emisora de música rock de la ciudad, es en la actualidad una de las más veteranas radios de noticias, emitiendo en ese formato de manera continua desde 1965. «Échate a un lado Beethoven y díselo a Tchaikovsky».

15. El nombre Swatch es una contracción de *second watch*; introdujeron un nuevo concepto de relojes como accesorios divertidos, informales y desechables. Literalmente salvaron la industria relojera suiza de la competencia japonesa. Hasta el momento, los japoneses no han hecho grandes progresos en el mercado del chocolate suizo.

16. «El cuervo» es un poema narrativo del escritor norteamericano Edgar Allan Poe que cuenta la historia de un hombre que se va volviendo loco poco a poco debido a la visita de un misterioso cuervo parlante que no deja de repetir la frase «nunca más». Ningún animal resultó herido durante la escritura del poema.

17. La inventó el médico francés Joseph-Ignace Guillotin poco antes de la Revolución Francesa, en la que tuvo bastante uso. Más tarde, la familia Guillotin se avergonzó tanto de su asociación con la guillotina que pidió al Gobierno francés que le cambiasen de nombre. ¿Se imaginan cómo se habría sentido la familia de Edison si la silla eléctrica se llamase silla de Edison?

18. La Fabbrica d'Armi Pietro Beretta es un fabricante italiano de armas de fuego. Fundada en 1526, Beretta es el fabricante de armas en activo más antiguo del mundo. No se tienen registros de cuántas personas han muerto disparadas por un arma fabricada por Beretta. Las pistolas no matan gente, la gente mata gente. Pero pruebe a tirar una bala a alguien.

19. La Asociación Automovilística Americana, la AAA, tiene una larga trayectoria apoyando los derechos de los conductores. La AAA es conocida por advertencias sobre el cumplimiento de las normas de tráfico de gran repercusión mediática, como cuando alquiló una valla publicitaria para advertir a los conductores del radar en Lawtey, Florida. ¡Tengan cuidado!

20. La Asociación Nacional de Baloncesto (NBA), para incitar al lanzamiento y disuadir las pérdidas de tiempo, introdujo un reloj de tiro de 24 segundos en 1954. Si un equipo no intenta anotar un tiro de campo (o el balón no consigue tocar el aro) dentro de los 24 segundos, se para el juego y el balón se entrega al oponente, pero éste tiene que devolverlo al final del partido sin enfadarse.

me dijo era si se esperaba que hiciera algo *inteligente* con ella: sostenerla, dispararla, matarme... ni una palabra acerca de ninguna de estas opciones. Sólo *qué* era, *dónde* estaba, *cómo* era y *qué no* hacer —me limito a los hechos, amigos—. Que recuerde, la última ocasión en la que había tenido en mis manos algo remotamente parecido tenía ocho años y llevaba un disfraz de vaquero con ondeantes zahones; sombrero negro, pistola doble a juego y un cinturón de juguete. Pero esto era la vida real, se trataba del tipo de pistola que usaría un gánster y tenía munición de verdad, un arma que probablemente habría matado antes y, pensé en ese momento, ¿no había algo llamado seguro que se tiene que quitar o poner para que la cosa sea por lo menos capaz de disparar? ¿No lo había visto en *Hawái Cinco-Cero*?<sup>21</sup> Quiero decir: ¡vamos! El maldito tío que me leyó la cartilla<sup>22</sup> me podría haber dado un poquito más de información sobre la pistola, algo más allá del hecho de que estaba allí *por si acaso* tuviese la puta necesidad de usarla. ¿Necesitarla para qué? ¿Como compañía? ¿Como hobby? El puto capullo pudo haberme dicho algo más que «cierra la boca y escucha», y no decir una puta palabra porque, ¿sabes qué?, ni siquiera quiso saber mi nombre o darme la mano, así de desarrolladas estaban las habilidades sociales que poseía aquel tipo. Tampoco me dijo su propio nombre cuando —con sus doscientas cincuenta libras de cuerpo de gánster estándar embutidas en un abrigo de cachemir manchado de salsa de tomate y rematadas con un monstruoso puro con el que lanzaba nubes de humo— se presentó a sí mismo amablemente diciendo «ven aquí, gilipollas», mientras emergía de entre las sombras cerca de un muelle desierto de Long Island; las aguas contaminadas del East River lamiendo las maderas putrefactas de los embarcaderos a unos pocos pasos. No hace falta decir que no hicimos buenas migas, pero en su defensa he de

21. *Hawái Cinco-Cero* es una serie, un drama policíaco americano, ambientada en Hawái. Se emitió durante doce temporadas desde 1968 hasta 1980. Muchos episodios acabarían con el Detective McGarrett ordenando a su subordinado: «¡jarréstalo, Danno!», en ocasiones especificando un cargo como asesinato en primer grado; aunque, si lo piensas, cualquier asesinato en una serie tiene que haber sido premeditado o, al menos, un añadido de última hora al guion.

22. *Read the riot act*, en el original. La *Riot Act* fue una ley de 1715 del Parlamento Británico según la cual más de 12 personas reunidas de manera ilícita se tendrían que dispersar o enfrentarse a acciones punitivas, la muerte entre ellas. ¿Se incluiría aquí a Jesús y sus discípulos? «Hola, chicos. Para evitar violar la *Riot Act*, uno de vosotros se tiene que ir, así que, Judas vete a dar un paseo.»

añadir que sus dotes de liderazgo eran de primera categoría, porque eso fue lo que hice exactamente: me acerqué a él sintiéndome como un gilipollas mientras me entregaba las llaves del coche y decía que había una pistola cargada oculta en la guantera, «por si la necesitas, así que no hagas ninguna estupidez», y que me deshiciera del coche en Bensonhurst cuando hubiese terminado. Y entonces se te acercaba, con ojos tan muertos y desprovistos de compasión como los de un gran tiburón blanco, hasta casi volverse cercano para susurrarte al oído: «y tú nunca me has visto, ¿*capisce?*». Visto no, hasta ahí podía estar de acuerdo, pero olido sí, definitivamente; me sentía abrumado por el olor a ajo de su aliento. Si no trabajó como extra en las películas de *El Padrino*, es que su agente no estaba haciendo su trabajo.

Mientras yo evocaba al matón que me entregó el coche esta misma mañana, el locutor de radio WINS tomó aliento de manera ostensible y comenzó a hablar en voz baja, como si estuviese interrumpiendo la emisión tan sólo para hablarme a mí, Hoover, de esa manera tan íntima de la que es capaz la radio, pero no la tele. Dudó un segundo fugaz antes de sumergirse en la *zona muerta* de la emisión radiofónica y anunciar que el Papa del arte pop, Andy Warhol,<sup>23</sup> acababa de fallecer en el Doctor's Hospital de Nueva York a la edad de cincuenta y ocho años a consecuencia de unas complicaciones derivadas de una operación de vesícula biliar.<sup>24</sup> Mi primer pensamiento fue: ¿dónde coño está la vesícula biliar? Y entonces, sólo durante un instante sagrado, la muerte de Andy Warhol reemplazó a la pistola cargada de la guantera como la cosa más importante en mi conciencia; en mi propia ¿cómo-coño-me-metí-en-esto?-sentado-en-este-coche-en-esta-tarde-de-febrero-de-1987-en-Manhattan conciencia al borde del pánico. «Me cago en diez, Hoover», dije en voz alta a nadie menos a mí. «Sólo diez años después

23. Andrew Warhola Jr. (1928-1987), conocido como Andy Warhol, fue un artista estadounidense, y quizá la figura más importante del arte pop. Tras dejar atrás una exitosa carrera como ilustrador, Warhol pasó a ser famoso mundialmente por su obra como pintor, cineasta vanguardista, productor musical, autor y miembro de una élite en constante cambio formada por bohemios callejeros, intelectuales distinguidos, famosos de Hollywood y ricos empresarios. Un hombre del Renacimiento.

24. En los vertebrados, la vesícula biliar es un pequeño órgano que ayuda principalmente en la digestión de las grasas y concentra bilis que produce el hígado. En los humanos, la pérdida de la vesícula biliar generalmente se tolera bien. Excepto en el caso de Andy.

de que se marchase Elvis y ahora Andy.»<sup>25</sup> Agité la cabeza y, una vez más, miré sombríamente hacia la pistola dormida en la guantera. «Así que, ¿soy el siguiente?» Otro mal augurio, sin duda, para un tío supersticioso como yo y, aunque la calefacción del coche estuviese al máximo, me empezaron a temblar las manos más todavía y me agarré al volante para que dejaran de hacerlo, como si alguien se fuese a dar cuenta. Piensa en otra cosa, maldita sea: «Andy, Andy, Andy...».

Como hiciera Claudio<sup>26</sup> antes que yo, como abnegado testigo de la Historia que soy, déjame contarte que una vez estuve con Andy Warhol. Fue un encuentro muy breve en su *Fábrica*, el estudio-club social de Andy en Union Square. Ocurrió allí a finales de los setenta y yo estaba allí con mi banda para que me entrevistasen para su *Interview Magazine*. Por lo que a Andy respecta, me ignoró hasta que, cuando salía por la puerta principal, se volvió hacia mí acercándose mucho; la piel translúcida de su rostro cubierto de ronchas rojas, como un albino con acné, o como un santo doliente. Se quedó ahí de pie ante mí y me preguntó si mis vaqueros eran de botones o de cremallera. «Botones, creo», respondí y, mecánicamente, abrí la solapa de tela vaquera para enseñar a Andy los botones de acero de mis Levi's 501.<sup>27</sup> Andy tocó con ternura uno de los botones. «Magnífico», dijo. Y eso fue todo. Me sentí santificado, aunque un pelín violado, todo a la vez.

Un flujo constante de peatones pasaba por delante de mi coche, junto a los horrendos montones de nieve color cemento que se acumulaban pisoteados contra la acera, y ninguno parecía estar interesado en mí, excepto un niño diminuto cuya mirada a la altura de la ventanilla le permitía echar un vistazo al interior del Mercury dorado. Seguro que me había visto cuando, temblando, me estiré hasta alcanzar la guantera,forcé la cerradura y levanté el mapa con cuidado hasta dejar la pistola al descubierto: más plateada que

negra, con la culata demasiado grande, puesta de lado hasta que la saqué y la deslicé bajo mis nalgas. Sus padres, quienes lo llevaban de la mano arrastrándolo acera abajo, no vieron nada de esta actividad infame: un tío con el pelo largo que llevaba una chaqueta de cuero Schott Perfecto<sup>28</sup> sentado en un coche aparcado, trajinando con una pistola. Y, si lo hubiesen hecho, siendo la ciudad de Nueva York la capital número uno del crimen, me temo que se hubiesen limitado a agarrar todavía con más fuerza la mano enguantada de su irritante niño y andado más rápido hacia la seguridad de las rebajas de mitad del invierno de Saks Fifth Avenue,<sup>29</sup> ubicadas al final de la manzana.

Me senté justo encima de la pistola con la mano cerca del muslo y algo que parecía un interruptor de seguridad hizo clic. Tengo que admitir que aquello, de alguna manera, me hizo sentir más seguro. Y en esa postura, esperando a que viniese a mi encuentro cualquier abominable secuencia de acontecimientos, decidí que aprovecharía aquella oportunidad, quizá mi último rato de ocio sin un pijama de rayas, para volver sobre mis pasos, para arrepentirme aún más de mis errores de cálculo y analizar cómo había acabado aquí en este lugar, en este día, vinculado por mi palabra y mi juramento a un muerto, a un criminal, en esta jodida misión.

¿Daría con un patrón apreciable de errores, malas decisiones y oportunidades perdidas que me había traído a este punto desafortunado, en plan *es tu puta culpa*, o no me quedaría otra opción que concluir que toda esta mierda se debía tan sólo a una serie de acontecimientos aleatorios, inconexos en su mayoría, relacionados con distinta gente que entró en mi vida sin motivo preestablecido alguno? Probablemente, se trataría una vez más sólo de la teoría del efecto dominó de la mala suerte. Una mariposa aburrida mueve las alas en Luisiana y desencadena una serie de corrientes de aire que terminan en un tornado mortal en Kansas, lo que da pie al rodaje de *El mago de Oz* y al ascenso a la fama de Judy Garland, lo que nos

25. *Eight Elvises* es una serigrafía de Andy Warhol de 1963, vendida en 2008 a un coleccionista por 100 millones de dólares. Era la obra más valiosa de Warhol en aquel momento. Y la que mola más, en mi opinión.

26. *Yo, Claudio* (1934) es una novela del escritor inglés Robert Graves escrita en forma de autobiografía del emperador romano Claudio.

27. Los vaqueros Levi's 501 son todavía el producto más vendido de Levi's y representan el cierre con botones metálicos, lo opuesto a la moderna bragueta con cremallera. Me quedan bien.

28. Perfecto es una chaqueta motera de cuero fabricada por la empresa textil Schott NYC. Marlon Brando llevaba puesta una en *Salvaje*, película de 1953, una mordaz crítica a toda una generación. Yo tengo una en mi armario.

29. Saks Fifth Avenue es una lujosa tienda especializada. La sede de la compañía y la *flagship store* están en pleno Manhattan. En 1976, Elliott Murphy se compró un abrigo de yak de color aguamarina en la boutique Revillion de Saks. No está en mi armario.

lleva a la actuación de su hija Liza Minnelli en *Cabaret*, lo que me recuerda a cuando me vi sentado al piano intentando acompañar a Liza mientras ella cantaba una canción de Broadway que no me sabía. Afortunadamente, puso sus manos sobre las mías para evitar que siguiese fallando notas. ¡Qué clase!

Las imágenes empezaron a caer en mi conciencia como si fuesen fotos tomadas con una Polaroid,<sup>30</sup> el resumen de una década de vida *underground* en Manhattan se proyectaba como tráileres de películas enlazados. Pero sí, comenzaba a pensar que esto, mi década desperdiciada, conducía a algún lugar, a una conclusión innegable, como si todo fuese a tener sentido si, simplemente, pensaba en ello con vigor<sup>31</sup> suficiente. Y, si se podía encontrar alguna bendición en aquel momento en concreto, sería ésta.

Como la mayoría de los portadores de la mala suerte, estoy convencido de que mi historia, mi debilidad, mis promesas incumplidas y mi juventud desperdiciada serían una película estupenda con gran atractivo popular. Sólo espero andar todavía por aquí para desfilar por la alfombra roja del Festival de Cannes cuando se estrene. Porque yo soy el protagonista de mi historia. Yo, Hoover, como Yo, Claudio y, como les encanta recordarnos a esos antiguos romanos: «Aquel a quien los dioses quieren destruir, primero lo vuelven loco». Lo que, en mi caso, el descenso a la locura fue regado, o empolvado, por un montón de cocaína, una buena dosis de sexo y una banda sonora del mejor rock and roll que el dinero pudo comprar.

Así que aquí llega la máquina del tiempo<sup>32</sup> de vuelta al año del Señor mil novecientos ochenta y dos, lo que, si sumas todos los números, da dos, el primer número par...

30. La cámara instantánea es un tipo de máquina fotográfica que genera una imagen revelada; las de Polaroid Corporation eran las más conocidas. Hoy parecen casi prehistóricas.

31. Una de las palabras preferidas de J.F.K.

32. *The Wayback Machine* es un episodio de la serie de dibujos animados *The Rocky and Bullwinkle Show* (1959-1964). En uno de los fragmentos más famosos, *Peabody's Improbable History*, los personajes principales Mr. Peabody y su perro Sherman utilizan rutinariamente una máquina del tiempo llamada WABAC (pronunciada *wayback*) para ser testigos, participar y a menudo alterar conocidos hechos históricos. El narrador de la historia era el veterano actor Edward Everett Horton y, a finales de los años treinta, F. Scott Fitzgerald, cuando intentaba ganarse la vida como guionista de Hollywood, vivió en la finca de Horton en Encino. Sin embargo, por causas desconocidas, la máquina WABAC nunca hizo el camino de regreso a la Clínica Betty Ford para sacar de allí al alcohólico Fitzgerald y que éste pudiese emerger limpio y sobrio para escribir *El gran Gatsby: Segunda Parte*. ¡Una pena!

## Rechazando todos los ídolos

*El 16 de agosto de 1977 el Rey del Rock and Roll, Elvis Aaron Presley<sup>33</sup> murió de un ataque al corazón cuando estaba sentado en el «trono» del baño del segundo piso de su sorprendentemente modesta mansión de Graceland, en Memphis. El nombre de Graceland, aunque ahora unido para siempre a Elvis, en realidad ya estaba puesto cuando compró la casa en 1957. Ésta fue bautizada por su primer propietario, un dentista de éxito, cuya esposa se llamaba... Grace. Pero simplemente el hecho de que una casa tenga un nombre es del todo singular. ¿Cuántas casas lo tienen? ¿La Casa Blanca? ¿La Mansión Playboy? ¿San Simeón? ¿La Casa del Sol Naciente?<sup>34</sup> Elvis tenía sólo cuarenta y dos años cuando emprendió el camino de la gracia eterna en Graceland. Obeso y aislado (salvo por la Memphis Mafia)<sup>35</sup> y adicto a una amplísima variedad de medicamentos con receta, su último concierto había tenido lugar tan sólo seis semanas antes en Indianápolis, Indiana, hogar de la Indy 500. La última foto conocida de Elvis, tomada el día que murió, fue en un magnífico coche, de esos de los que tenía tantos y regalaba aún más. Este vehículo en concreto era un Stutz Blackhawk con asientos de cuero rojo y tapacubos de oro de dieciocho quilates. Presuntamente, Elvis compró tres. Cuando la Armada Americana lo reclutó en 1958, el Tío Sam asignó la flota de camiones al Soldado Elvis, lo que le permitió continuar donde lo había dejado y retomar su carrera de camionero, que era exactamente a lo que se dedicaba en 1953, cuando entró en el Sun Records Studio de Memphis para hacer su primera grabación, un regalo de Gladys, su querida madre.*

*Siete años antes de morir, en un estallido de fervor patriótico, Elvis garabateó una carta de seis páginas en mitad de un vuelo de la American Airlines dirigida al*

33. Elvis Aaron Presley (1935-1977) fue uno de los artistas americanos más populares del siglo xx, al que se hacía referencia a menudo como El rey del rock o, simplemente, El rey. Estando de servicio en la Armada conoció a Priscilla Beaulieu, de 14 años, que más tarde sería su esposa y madre de su única hija, Lisa-Marie; Elvis bautizó su avión a reacción Convair 880 en su honor.

34. *La casa del sol naciente* es una canción folk tradicional, también conocida como *El blues del sol naciente* que cuenta la historia de una prostituta a la que se le tuercen las cosas en un burdel de Nueva Orleans, a la vez que insta a su hermana a evitar el mismo destino. La versión comercial más exitosa se grabó en 1964 por el grupo inglés The Animals y fue número uno en Reino Unido, Estados Unidos, Canadá y Australia. Hoy en día, la mayoría de las prostitutas tienen que estar de pie bajo todo tipo de condiciones meteorológicas. El progreso, amigo mío.

35. La Memphis Mafia era el apodo de un grupo de amigos, socios, empleados y comparsas cuya principal función era merodear cerca de Elvis desde 1954 hasta que murió y por siempre jamás.

entonces presidente, Richard M. Nixon, solicitándole un encuentro privado lo antes que le fuese posible y preguntándole si podía convertirse en Agente Federal en el Departamento de Narcóticos y Drogas Peligrosas. En su carta, en ocasiones errática, Elvis adulaba a Nixon —expresando su admiración tanto personal como por el alto cargo que tenía, e incluso prometiéndole regalos cuando se encontrasen en persona— a la vez que manifestaba su desdén por las actividades antiamericanas de los Beatles en aquella época, sin entrar en mucho detalle acerca de en qué podían consistir éstas, más allá de vender más discos que él. Al concluir la carta, anotó cuidadosamente todos sus teléfonos —Beverly Hills, Palm Springs y, por supuesto, Memphis—, así como el nombre del hotel en el que se alojaría mientras estuviese en Washington D.C. bajo el seudónimo Jon Burrows. El Senador George Murphy,<sup>36</sup> quien, al parecer, estaba sentado en primera clase junto a Elvis en aquel inspirador vuelo de la American Airlines, se encargó de entregar la carta a La Casa Blanca. Nixon, desconcertado y ansioso en un primer momento acerca de cómo responder adecuadamente la carta del cantante, terminó organizando un encuentro en el Despacho Oval de La Casa Blanca. El regalo de Elvis al Presidente de los Estados Unidos resultó ser un revólver Colt 45 de la Segunda Guerra Mundial con munición real y montado en una caja de madera conmemorativa que Elvis había descolgado de la pared de su propia mansión de Hollywood y embarcado en el avión en aquellos idílicos días predetector de metales en los que los viajes eran despreocupados y carecían de seguridad. Quitándose las gafas, le dijo sinceramente al Presidente: «Estoy de su lado», y lo abrazó. Algunos días después del encuentro, Nixon envió una nota de agradecimiento.<sup>37</sup>

36. George Lloyd Murphy (1902-1992) fue un actor americano que se volvió político. Murphy estuvo en el cargo de Senador de California desde 1965 a 1971 y fue el primer actor de cine que se pasó a la política con éxito, precediendo a Ronald Reagan. No tiene parentesco con el autor de este libro, Elliott Murphy, aunque ambos podrían ser llamados hombres de cantes y bailes.

37. La foto de Elvis Presley con el Presidente Richard Nixon es la descarga más solicitada de la web del Smithsonian. *You Ain't Nothing But A Hound Dog...* enlaza con *Checkers*, que era el perro de Nixon en los cincuenta... ¡y un anticomunista acérrimo como su dueño!

## MATARRATAS

Jacky, el barman del Tramps, llevaba puesta cada noche, sin excepción, una almidonada e impoluta camisa blanca de manga larga cuando estaba detrás de la barra. Aunque andaba por la cuarentena, Jacky tenía un pelo prematuramente gris que le caía sobre la frente como el flequillo de un Beatle; al sonreír, enseñaba unos dientes rectos y blancos (al menos los que se veían). Podía servir una pinta de Guinness<sup>1</sup> con los ojos cerrados, sabiendo cuándo cerrar el caudal burbujeante antes de que rebosase el borde del vaso y le costaba tan sólo tres toques dejar la espuma en su sitio, quieta; mientras lo hacía, había veces en las que bendecía su jarra cervecera con la espátula diciendo: «Por los Beatles en el Cielo, los Rolling Stones en el Infierno y los Velvet Underground en el Purgatorio». Y nosotros, los parroquianos del Tramps, todos sabíamos más o menos a qué se refería, o al menos hacíamos como que lo entendíamos, aunque sólo los italianos y los irlandeses, a los que unas monjas sensatas les habían hecho tragarse una buena dosis de fervor católico en sus colegios, sabían a ciencia cierta de qué iba eso del Purgatorio.<sup>2</sup> En lo que a mí respecta, de verdad que era capaz de sentirme identificado con todo lo relativo al concepto de Purgatorio, por más que me hubiesen bautizado episcopaliano libre de culpa y tuviese la sospecha de que el Purgatorio, o las afueras del mismo, era justo lo que quienes estábamos en aquel bar, al menos los más asiduos, llamábamos hogar en aquel momento. El Tramps era un sitio en el que era posible tanto ser bendecido como condenado, antes de proseguir tu ruta a cualquier otro lugar; un alto en el camino (en el que yo me había detenido demasiado tiempo) de un viaje

1. La Guinness es una cerveza negra irlandesa que tuvo su origen en la destilería de Arthur Guinness (1725-1803), en Dublín. Sigue siendo una de las marcas de cerveza con más éxito en todo el mundo, especialmente entre los irlandeses, tanto dentro como fuera de Irlanda. En los años veinte, Guinness lanzó una campaña publicitaria proclamando: «La Guinness es buena para usted», anticipándose varias décadas a la actual locura por la comida saludable.

2. El Purgatorio, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia Católica, es una especie de motel en el que todos hacemos una parada de camino al Cielo, aunque no se mencione en la Biblia. Aquellos que tengan GPS encontrarán la ruta sin problema, pero asegúrese de actualizarlo, ¡el camino al Cielo cambia constantemente!